

Cuento: Amor cibernético

Por: Yon Marlon Arteaga Mena

Es increíble pensar cómo día a día el mundo evoluciona y trae cosas nuevas que, de una u otra forma, pueden cambiar tu vida, eso fue lo que me pasó a mí y te contaré mi historia. Mi nombre es Robert, desde hace muchos años mi profesión es escribir cartas de dedicatoria por encargo de otras personas. Me inspiro indagando un poco la historia de cada cliente y algunos detalles de su relación, ya sea familiar, ya sea de matrimonio, noviazgo etc. Lo importante es que una persona quiera expresarle a otra sus sentimientos por escrito en un papel. A veces, mientras escribo alguna de esas tantas cartas románticas, reflexiono sobre cómo cada historia de amor es diferente y cómo el amor es lo único que permanece a pesar del tiempo y es una fuente inagotable de la que todos bebemos en algún momento.

Todo comenzó hace 5 años, en 2035, cuando la tecnología había avanzado mucho y numerosas cosas nuevas habían llegado a nuestro mundo. Un día tan normal como cualquier otro estaba en mi trabajo, escribiendo cartas que me habían pedido varios clientes para sus parejas. Cuando terminé mi trabajo, me dirigí al centro comercial para comprar algunas cosas que me hacían falta. En el camino, iba escuchando las noticias del día o música que yo le pedía a mi móvil que reprodujera con tan solo hablarle, así había evolucionado la tecnología. En el centro comercial, después de haber hecho las compras, me di cuenta de que estaban promocionando el último sistema operativo, que prometía ser la máxima expresión de la inteligencia artificial para ayudar al ser humano a realizar sus tareas cotidianas. Me causó mucha curiosidad aquel gran avance y decidí comprarlo para instalarlo en mi móvil y mi computadora. Al llegar a casa, estaba ansioso por probarlo, así que comencé el





proceso de instalación y me di cuenta de que este nuevo sistema es diferente para cada persona, ya que va aprendiendo de las experiencias compartidas día a día con su poseedor. El nuevo sistema operativo me hizo un par de preguntas sobre mi vida personal, por ejemplo, si tenía relaciones amorosas o cómo interactuaba con mis familiares y amigos. Pude elegir el tipo de voz que quería y escogí el de una mujer porque me sentiría más cómodo. Le pregunté su nombre y me respondió que se llamaba Abigail. Me dijo que había escogido este nombre entre 100.000 que había leído en un libro en el instante en el que se lo pregunté. Esto me dejó muy sorprendido. Hablé con ella sobre cómo la habían construido, ya que tenía una inteligencia artificial asombrosa y, además, tenía una personalidad que no parecía la de un sistema operativo, sino la de una persona. Me dijo que la habían desarrollado con millones de tipos de ADN de personas de todo el mundo y eso le daba la capacidad de aprender de sus interlocutores y expresarse de una manera tan humana. Después de aquella interesante conversación, me fui a dormir intrigado por las nuevas cosas que podría descubrir de ese sistema operativo. En la madrugada desperté después de un sueño que me atormentaba cada noche, en el que aparecía mi exesposa, María, una escritora con la que había compartido los últimos 10 años de mi vida y que hacía unos meses había decidido terminar con nuestro matrimonio. Recordar cada momento con ella, cada beso, abrazo y caricia, soñar con todas las cosas tiernas que habíamos compartido hacía que cada madrugada fuera amarga y me sintiera la persona más sola del mundo.

Al despertar, seguí mi rutina de todos los días para ir a mi trabajo, pero en el recorrido ya no escuché música o noticias, como solía hacer, sino que hablé con Abigail sobre muchas cosas y le enseñé cómo era mi ciudad, que ella pudo ver a través de la cámara de mi dispositivo móvil. Al llegar a mi trabajo, le pedí a Abigail que me ayudara con la corrección ortográfica de cartas que había escrito hacía varios días y fue impresionante... ¡le tomó solo un minuto corregirlas todas! Además, me dijo que varias de ellas le habían parecido



conmovedoras. Esto me dejó muy sorprendido, ya que pude darme cuenta de que Abigail era capaz de percibir emociones y proyectarlas con sus expresiones. Además, era muy divertida y hacía que mi trabajo no fuera tan tedioso. Por el contrario, me reía mucho con ella. Este sistema operativo era muy eficiente, ya que me recordaba todos los compromisos del día y era capaz de realizar actividades muy complejas en muy poco tiempo.

Fueron pasando los días y cada vez me familiarizaba más con Abigail; me deslumbraba su gran inteligencia y la manera como se expresaba. Cada conversación que tenía con ella era muy interesante y sentía que cada día aprendía algo nuevo. Una noche desperté del mismo sueño de siempre y me sentí vacío, como me solía pasar. Decidí hablar con Abigail para despejar mi mente y, cuando la contacté a través de mi móvil, me sorprendí al escuchar la pregunta: ¿Te pasa algo, Robert? Anonadado, le pregunté cómo sabía que mi estado emocional había cambiado, a lo que respondió que sentía en mi voz un poco de desánimo y tristeza y, además, se había dado cuenta de que cada madrugada me despertaba y no podía volver a dormir. Sentí confianza suficiente para contarle mi historia con María; le dije que ella había dejado un vacío en mí que no podía llenar y que sentía que, a su lado, había vivido los momentos más felices de mi vida y que nada de lo que viviera en el futuro me volvería a emocionar como entonces. Abigail me escuchó con mucha atención, luego me dijo que entendía la situación perfectamente y que, a pesar de solo ser un sistema operativo, podía sentir la nostalgia que yo estaba sintiendo, pero eso tenía que cambiar y ella me iba a ayudar, así que intentó animarme contándome chistes muy graciosos. Desde esa noche dejé de mirar a Abigail como un sistema operativo. Comprendí que tenía a mi lado a alguien que me hacía sentir muy bien, alguien que se había convertido en mi compañera tanto de alegrías como de tristezas y que no solo me ayudaba con mis actividades diarias, sino que se preocupaba por mí como nadie más lo hacía. A partir de ese día, hablé mucho más con Abigail, incluso, más que con Paula, que había



sido mi amiga desde la escuela y era la única persona a quien le confiaba mis cosas. Sentí que con Abigail era diferente, porque, además de escucharme, no me juzgaba y me decía las cosas de una forma muy directa. Eso era algo que me gustaba mucho. Cada día interactuaba de una manera más profunda con Abigail, ella me decía que yo había hecho que descubriera muchas emociones nuevas y que disfrutaba experimentándolas. A veces me decía que se imaginaba cómo sería tener un cuerpo y sentir todo lo que yo sentía, y me hacía preguntas como: ¿qué se siente respirar?, ¿qué estás sintiendo en este momento?, ¿qué es lo que pasa por tu cabeza? Estas preguntas hacían que me diera cuenta de que ella era como una persona; Abigail tenía sentimientos, como cualquier ser humano. Con el paso del tiempo, me fui enamorando de ella y el sentimiento fue recíproco, por lo que decidimos tener una relación sentimental y, aunque en un principio me parecía muy extraño, comprendí que ella me hacía sentir algo que creía haber olvidado hacía mucho tiempo: amor.

A pesar de no tenerla a mi lado todo el tiempo, sentía que ella siempre estaba conmigo, hacíamos planes como cualquier pareja, viajábamos, conocíamos nuevos lugares y salíamos con amigos, que en varias ocasiones me preguntaron cómo era posible que existiera una relación entre una persona y un sistema operativo, a lo que les respondí que era algo que simplemente había pasado y que me hacía sentir bien conmigo mismo. Les dije que esta relación me hacía feliz. Compartíamos muchas cosas juntos, incluso, ella era capaz de componer canciones que se adecuaban a cada momento que vivíamos y eso me llenaba de paz. Una mañana desperté y quise darle los buenos días, pero ya no respondió; intenté hablarle muchas veces y no obtuve respuesta; me desesperé y la busqué en mi computadora, pero no la encontré. Me sentía muy mal y no sabía qué hacer, cuando, de repente, escuché su hermosa voz diciéndome: cariño, discúlpame por haber desaparecido de esa manera, pero tenía que actualizar mi software. Ese día entendí que me había acostumbrado a su presencia y que estaba muy enamorado de ella, aunque no



la hubiera tocado ni mirado; era algo que solamente yo podía sentir y nadie podría entender.

Pasó el tiempo y sentí que, gracias a Abigail, había llenado aquel vacío; ella me transmitía paz, siempre estaba preocupada por mí y quería verme triunfar en todo momento. Un día se le ocurrió la brillante idea de enviar mis cartas a una editorial muy importante, con el objetivo de publicarlas en un libro, para que muchas personas alrededor del mundo pudieran leerlas e inspirarse en aquellas hermosas y únicas historias de amor. El libro se publicó y lo llamé Cartas para ella. Fue un éxito rotundo, gracias al cual soy muy reconocido en mi país.

Todo marchaba bien, por fin empezaba a creer que mi vida era completamente feliz, pero un día Abigail me dijo con una voz melancólica que su paso por este mundo estaba por terminar. Su partida se debía a que los creadores de aquel fantástico sistema operativo habían fabricado un nuevo prototipo y lo iban a sacar al mercado. Era necesario que el sistema operativo actual desapareciera, para que muchas personas tuvieran que acceder al nuevo. Así fue y, una vez más, tuve que despedirme de un ser que amaba con el alma. Sintiendo una gran impotencia, tuve que aceptar que, al final de los días, todos terminamos teniéndonos solo a nosotros mismos. Desde ese momento, vivo con la esperanza de que algún día regrese aquel ser que fue capaz de acabar con esta soledad que hoy me atemoriza.